

CULTURA

AMALGAMA/ Juan Ezequiel Morales

LOS INTELLECTUALES

Una encuesta de Babelia, bastante adecuada para los tiempos que corren, interrogaba esta pasada semana sobre el papel de los intelectuales y sobre la coherencia del relato histórico frente a la crisis, en base al libro *Una historia política de los intelectuales*, de Alain Minc. El filósofo Fernando Savater acusaba a los intelectuales de pusilánimes, al querer injerir en el debate público pertrechados de “las caudales del pragmatismo político habitual”. Pero el escritor Cees Noteboom era más preciso, indicando que el intelectualismo había sido, más bien origen de errores de bulto desde bien antiguo: “A lo largo de la historia, los intelectuales han cometido errores notables. Admiro a Foucault, pero creo



Se acerca un nuevo ciclo de oscuridad, los intelectuales han apagado su voz y la levantan los ‘barbaroi’, para quienes el mariscal Von Hindenburg pierde respeto

que se equivocó al apoyar el retorno de Jomeini a Irán. Como recordarán promovió una gran manifestación en París. Knut Hamsun admiraba a Hitler. Neruda escribió una oda para Stalin. Solo me manifesté públicamente contra el bombardeo estadounidense de Camboya y el resultado de aquello fue el cese de los bombardeos y el comienzo del régimen sangriento de Pol Pot. Los intelectuales son ciudadanos como cualquier otro”. Otro escritor, Jorge Volpi, remarca la bana-

lidad de los intelectuales: “El triunfo de las democracias liberales ha provocado que los intelectuales no sean ya las únicas voces críticas que expresan públicamente su opinión, y que en nuestros días sean expertos en ciencias sociales (políticos, sociólogos, historiadores, etcétera) quienes ocupen el foro público, al lado de los llamados opinadores profesionales, los tertulianos que aparecen en los medios sin poseer una obra artística o científica relevante”.

Alain Minc, con perspicacia francesa, dice del intelectual actual: “Su magisterio no puede compararse con el de Sartre y Malraux; no por un fallo suyo sino porque la sociedad ha cambiado. ¡Todas las autoridades están debilitadas: la política, la religiosa y también la intelectual! Ya no existe la vanguardia de la sociedad. Internet crea un gran baño democrático que anula todas las jerarquías, incluyendo a los intelectuales”. Minc señala que la Red desvalora al experto y al erudito, pero no ve una crisis, sino un paso evolutivo más en el que desaparece una cierta casta: “No existe una crisis del pensamiento europeo. La anulación de los sabios es testimonio de una madurez creciente. El intelectual a la antigua representaba para el pensa-

miento lo que los reyes representaban para la autoridad: una autoridad superior”. Podríamos resumir, en efecto, que el saber exclusivo y jerárquico no es ya un ingrediente respetable para las masas, que prefieren el consumo o su contrario, el integrismo de los descerebrados, los nuevos Pol Pot, materializadores de la locura colectiva de los indoctos, que, como no tienen otra cosa, basan su conocimiento en el ejercicio de la violencia, protegidos desde atrás por el “pragmatismo” de lo “políticamente correcto” de los fatuos señalados por Savater. Un nuevo ciclo de oscuridad se acerca, los intelectuales han apagado su voz, y la levantan los “barbaroi”, para quienes el Mariscal Paul von Hindenburg, ya senil, pide respeto.

“ El saber exclusivo y jerárquico ya no es ingrediente para las masas, que prefieren el consumo

CONTRA LOS PUENTES LEVADIZOS/ Antonio Bordón

EL PARNASO SOBRE RUEDAS



Una de las primeras bibliotecas viajeras americanas. | LA PROVINCIA/DLP

Conozco a un grupo de personas cuya lectura favorita son los prospectos de los medicamentos. Los coleccionan, los releen, los comentan, sin tener en cuenta las incompatibilidades, los efectos secundarios, las contradicciones. Si hay una novela que debería venderse en farmacias sin receta es *La librería ambulante* (Periférica), de Christopher Morley. Se trata de uno de esos libros a los que uno se acerca por casualidad, atraído por el título o por la foto de la portada. Y claro, lo cogemos, lo ojeamos y de momento no le damos mayor importancia. Al rato, lo cogemos de nuevo y leemos la primera línea: “Me pre-

gunto si no hay un montón de creencias bobas alrededor de la educación superior”. Su lenguaje nos quita el estrés de repente y nos lo llevamos, con unas ganas horribles de llegar a casa para la segunda toma.

Nada llamativo hay en el estilo o en la construcción novelesca de *La librería ambulante*, publicada en 1917, con el título original de *Parnassus on Wheels* (*Parnaso sobre ruedas*), y, sin embargo, resultan eficaces y singulares. La prosa sencilla y clara, de frase corta, sirve bien al tono satírico del relato y al ritmo rápido de los sucesos. Su protagonista, Helen McGill, una heroína de mediana

PRÓXIMO PRÓXIMO

Entre los muchos autores que acumulan polvo en el limbo de los justos desde hace tiempo está el escritor inglés Aldous Huxley. Se comprenderá, pues, con qué alegría recibo la noticia de la próxima publicación en Ediciones del Viento de su primera novela, *Los escándalos de Crome* (1921), y de un libro de cuentos, *Mi tío Spencer*, publicado originalmente como *Little Mexican* (1924), formado por *El sombrero mexicano*, *Hubert y Minnie*, *Fard: una mejora*, *El retrato*, *El pequeño Arquímedes* y el relato que da título al volumen. Situada en el periodo posterior a la Primera Guerra Mundial, *Los escándalos de Crome* gira en torno a una familia aristocrática que invita a un grupo de familiares y amigos a pasar el verano en su casa de campo, donde no hacen más que hablar y hablar. Los personajes son casi todos literatos, muchos de los cuales siguen vi- viendo presos de inconfesables terrores. En *Los escándalos de Crome*, Huxley captura un mundo en constante cambio, en equilibrio entre lo viejo y lo nuevo. Muchas de sus cualidades como escritor desfilan en esta primera novela, donde se burla de las modas, las debilidades y el espíritu de su época. *Mi tío Spencer* narra las anécdotas de un muchacho que pasa sus vacaciones con su tío, quien domina “cualquier tema que su interlocutor quisiera mencionar; pero sus conocimientos eran casi invariablemente errados”.

edad que decide lanzarse a la aventura en una vieja carro lleno de libros antiguos y de ocasión, se parece en parte a los personajes de su maestro Mark Twain, por la necesidad de huir de una vida mucho más confortable de lo que le divierte y de un hermano egoísta, mezquino incluso -autor de “un evangelio de la salud y el bienestar”, que le cierra el paso cada vez que quiere avanzar.

Basándose en encuentros, desencuentros y revelaciones, *La librería ambulante*, que no deja de ser un nostálgico homenaje a las primeras bibliotecas viajeras que se crearon en Estados Unidos en 1905 para proporcionar libros a los granjeros, va dando forma a una deliciosa trama que introduce al lector en la sociedad americana de principios del siglo pasado, donde se dieron cita el vagabundeo, el hambre, la delincuencia, las carreteras y los carros-bibliotecas -“Cualquiera que haga leer a la gente del campo cosas que valgan la pena le estará prestando un gran servicio a la nación”, pero sobre todo la rebelión de la mujer frente al aniquilamiento de la vida doméstica.

No sé si *La librería ambulante* ocupa un lugar importante en la historia de la literatura americana. Eso se lo dejó a los teóricos literarios como Harold Bloom. De lo que estoy seguro es de que no defrauda. Hace reír y hace pensar. Es una obra que recomendaría a cualquiera a quien le guste los libros, pero ¿es que existe alguien a quien no le gusten? Porque los libros gustan a aquéllos a quienes gusta la vida, y también a aquéllos a los que nos les gusta, ya que son un reflejo y a la vez una rectificación de la realidad. La edición de Periférica, en traducción de Juan Sebastián Cárdenas, es modélica como todas las cosas de esa casa, que anuncia la publicación para más adelante de su continuación, *The Haunted Bookshop* (*La librería encantada*), publicada en 1919. Estamos a la espera.